

Como le havia elegido , para hacer un Rey á medida de su corazon , *le quitó* , segun la expresion de la Escritura , *aquel espíritu de Principe* , (a) que inclina á dominar con orgullo , y á engrandecerse sin medida. Puso sobre todas sus pasiones el sello de su moderacion , y de su prudencia , y le dió inclinaciones contrarias á todos los vicios de su estado: Abatió su grandeza Real á la humildad christiana : Mudó la delicadeza de la Corte en una vida austera , y penitente : Sujetó al poder de la caridad , y de la justicia el poder soberano de poderlo todo. Examinemos la conducta de este Santo en todos estos estados.

Quando hablo de la humildad de San Luis , no os figureis , Señores , una humildad natural , que proviene de falta de espíritu , y de valor , que no se siente , ó que se desprecia. Fue humilde por moderacion , no por flaqueza. En él no fue esta virtud un efecto de su temperamento , fue sí un efecto de la gracia de Jesu-Christo , y si tuvo en su corazon la simplicidad de un Christiano ; tambien tuvo , quando le fue preciso , toda la Magestad , y toda la grandeza de un Rey. Y si no : ¿Qué Principe sostuvo jamás sus derechos con mayor firmeza ? ¿Qué mano , por sagrada que fuese , se atrevió á tocar á su Corona ? ¿Con qué justo , pero noble discernimiento , no supo él separar los intereses de la Religion , de los de la politica ; obedecer á las ordenes de los soberanos Pontifices , sin entrar en sus pretensiones , y sin perder el respeto de hijo , defender los derechos de Soberano ? ¿Con qué resolucion no detuvo el intrépido genio de un Emperador , que le havia amenazado de hacerle guerra ? ¿Con qué constancia de ánimo no se mostró en su prision , despues de su derrota , quando se trató del honor de la Re-

(a) *Qui aufert spiritum Principum.* Psalm. 75. v. 13.

Religion , ó de la dignidad de su persona ? El temor de los suplicios , y de una cercana muerte no fue capaz de hacerle consentir á pagar rescate por sí , ó á dar otro fiador , que su palabra. Un rayo de magestad , y de virtud , que Dios hizo , que resplandeciese sobre su rostro , contenia el furor de aquellos Barbaros ; el vencido hablaba en tono de vencedor ; y los Sarracenos admirados del asombro de su Sultán , y de la grandeza de alma de su prisionero , dudaron por algun tiempo , qual de los dos era su Señor.

No obstante , Señores , tuvo el secreto de quitarse á sí mismo una parte de su grandeza , y de hacer pequeña á sus ojos la dignidad Real , pudiendo decir con el Rey Profeta , *que no anduvo por los caminos de la grandeza*. (a) Viósele bajar su sagrada cabeza á los pies de los pobres , que se le representaban á Jesu-Christo : Emplear sus caritativas manos , para servirles en sus necesidades ; llevar por sí mismo los cuerpos muertos de sus Soldados , y doblar sus Reales hombros al peso de estas cargas de caridad , y christiana misericordia. Orgullo del Mundo , delicadeza del Mundo , temblad , y condenaos vos mismos.

No hablaré aqui de la modestia de su conversacion , y de la simplicidad de sus vestidos , que fueron como leyes eficaces contra el luxo , y el atrevimiento de los Cortesanos. No os diré que jamás permitió al pecador derramar sus perfumes sobre su cabeza , y que quiso mas ser reprehendido por la verdad , que corrompido por las alabanzas : Su historia nos provee de los mayores exemplos. Los Principes se honran con los ambiciosos titulos , y con los nombres , que toman de sus estados , ó

(a) *Neque ambulavi in magnis ; neque in mirabilibus.* Psalm. 130. v. 1. & 2.



de sus victorias: Vosotros sabeis hasta donde ha hecho llegar el capricho de los hombres esta vanidad extravagante. San Luis renunció todas sus qualidades mundanas, y no quiso otro titulo que el de Luis de Poyssi, que era el Lugar donde havia sido bautizado. Nada apreciaba mas que las ventajas de su nacimiento espiritual: Toda su gloria la tomaba del Reyno Celestial, á que aspiraba, y no del Reyno, que poseía sobre la tierra; su fortuna fue ser hijo de la Iglesia, y no ser Rey de Francia: y despreciando las grandezas humanas, cuya nada conocia muy bien, olvidó lo que era por su dignidad, y no pensó sino en lo que debia ser por su Bautismo.

Mas para conocer bien su humildad, veámosle en el tiempo feliz de una prosperidad sensible, é inesperada, en que se dilata el corazon, y ordinariamente se deja ocupar de su dicha; repasad en vuestra memoria el noble designio, que concibió de ir á combatir los Infieles, llevar la cruz, y los Mysterios de Jesu-Christo á los mismos Lugares, en que tuvieron su origen. Instale su piedad, la esperanza del suceso le anima, y parte con ardor, y se embarca con confianza. Hasta los vientos parece, que están de acuerdo con su zelo. El Mar baja sus olas, y lleva con respeto aquellos Navíos cargados de tanta nobleza christiana. Llega la Armada delante de Damietta, y de veinte mil Barbaros, que la defienden. Excitase el valor de los Cruzados: Luis á su frente, abrasado de una santa impaciencia, se abanza con la espada en una mano, y con el broquel en la otra, y saltando de su Navío, vá á tomar tierra por en medio de las olas, y de una espesa nube de dardos, que de toda la ribera llovían sobre él. Pasmase el enemigo, el Christiano gana terreno, las cruces se plantan sobre las murallas, rindese todo, y en solo un día se hace dueño de una Plaza, y se abre camino para todas las otras.

¿Y qual pensais vosotros, que fue al dia siguiente el aparato de su triunfo? ¿Vá por ventura sobre un suntuo-

so carro á recibir las alabanzas, y las aclamaciones de una Armada, á quien el exemplo de su valor havia hecho victoriosa? ¿Amontona los despojos de los enemigos para erigir trofeos á su propia gloria? ¿Hace acaso ostentacion del oro, y de los diamantes? ¿Y junta por ventura á sus propias riquezas las del Tyrano, que acaba de vencer? No, no; aprended, Señores, una nueva especie de triunfo. Entra en trage de penitente, y no con el orgullo de un vencedor. Sigue con los pies descalzos el Estandarte de la Santa Cruz; y por ostentacion de su victoria, hace llevar la imagen de Jesu-Christo paciente, y humillado. Los cánticos, que se oyen, no son en honor del que ha vencido, sino en el del que ha hecho vencer. Quiere, que la Religion recoja los frutos de una guerra, que no ha emprendido sino por ella. Por lo que á sí toca, él se confunde, se humilla, y no contribuye á su triunfo mas que por el sacrificio, que en él hace de su grandeza, y de su gloria.

Pero si ha sabido vencer el orgullo, no menos ha vencido el deleyte, y se le ha visto en medio de su Corte vivir con la austeridad, y la mortificacion de un Anacoreta. La Corte es una tierra fertil en frivolas diversiones, en amores profanos, y en malos deseos. Es la parte mas desacreditada de este Mundo, que el Evangelio tantas veces ha condenado, donde las pasiones se excitan, se conservan, se comunican, y conspiran todas contra la inocencia. Es una region de tinieblas, donde la verdad se vé sofocada por la mentira, y la razon obscurecida por la vanidad, y donde desaparece la luz de la fé, como desapareció la estrella que guiaba á los Magos, sobre la Corte de Herodes. Pero Jesu-Christo no nos enseña por sí mismo que (a) es la habitacion del luxo, y la morada

(a) *Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus Regum sunt.* Matth. 11. v. 8.



del deleyte? Pues San Luis la hizo un lugar de rigor, y de penitencia para sí mismo.

¿Y os diré yo, que á pesar de todos los lazos, que se armaron á su pureza, conservó su inocencia bautismal? ¿Que havia hecho, qual otro Job, un pacto con sus ojos, de no detenerlos jamás sobre un rostro que podia engañar su alma, y que una rigida, y severa virtud le hizo siempre insensible á los encantos de los deleytes prohibidos? ¿Os diré, que castigó su cuerpo, por reducirle á servidumbre, que se ciñó un cilicio, casi continuo, y que con su sangre regó muchas veces su purpura Real? ¿Faltó él por ventura á ninguna de aquellas leyes, que la Iglesia prescribe indiferentemente á todos sus hijos, y de las que los Grandes del Mundo, por la relajacion de otro, ó por su propia delicadeza se dispensan impunemente todos los días? ¿Qué ayunos no observó él, y con una escrupulosa exactitud? ¿Qué Quaresma no continuó, aun á costa de su misma salud, por preciosa, y del todo importante, que pudiese ser al Mundo?

Ni se escusó por razon de su estado, ni por la moderacion de sus costumbres. No creyó, que pudiese dispensarse de la ley, ó que la grandeza fuese un titulo suficiente contra las reglas comunes del Evangelio. No dejó la penitencia, ó para los pecadores, que la merecen en el Mundo, ó para las gentes buenas, que la practican voluntariamente en los claustros. Su humildad le hizo llorar sus pecados, su valor le hizo emprender la obra de su salvacion. No era, ni Religioso, ni pecador: Era inocente, y era Rey: Y no obstante, practicó todas las austeridades, que practican los Religiosos, y se impuso todas las penas, que se acostumbran imponer á los penitentes.

Pero hay tambien en el corazon de los Reyes, aun los mas piadosos, cierto amor secreto ácia su grandeza, que los inclina á softenerla, y á dilatarla, si no con injusticia, á lo menos con inquietud. Estos no sembrarán la discordia entre sus vecinos; pero sentirán una maligna

alegría, en que se susciten. No se servirán de sus ventajas para usurpar; pero harán valer todas las razones, que tuvieren para adquirir. No quebrantarán las leyes; pero las torcerán á favor de sus intereses; y á poco que se persuadan de que no ofenden á la justicia, no harán grande escrupulo en herir un poco la caridad. Mas San Luis no se dejó arrastrar de esta delicada tentacion; hizose de buena fé el arbitro de todas las diferencias de sus vecinos, y les quitó por medio de una desinteresada amistad todos los motivos, y todos los pretextos de romper la paz. Los sabios del Mundo le representarian muchas veces, pero en vano, que la habilidad no estaba en unirlos, sino en indisponerlos, y en aprovecharse de sus divisiones, que era necesario dejarlos emplear contra sí mismos las fuerzas que podian bolver contra él; que si era honradez el impedir, que se destruyesen, tambien era ventajoso dejarlos que se debilitasen. Desechó Luis esta politica, sacrificó todos sus intereses á su caridad, y como era el amor, y las delicias de su Pueblo, se hizo la admiracion de los estraños.

¿Pero, y qual fue su admiracion, quando irritada Roma contra el Imperio, le propuso ponerle sobre el trono del Emperador por un derecho, que no le pareció legitimo? ¿Con qué santa soberbia no respondió, que no le tocaba sino á Dios el disponer de los cetros, y de las coronas; que la perfeccion de un Rey consiste en gobernar bien sus estados, y no en apoderarse de los estraños, que así como el poder temporal no debia tocar al Altar; el poder espiritual no debia tocar al trono. De este modo miró siempre al Emperador como á su hermano; sujetó su ambicion á su Justicia, è hizo ver su grandeza de alma, reusando una corona tan brillante, por sagrada que fuese la mano, que se la ofrecia. ¿De dónde provenia esta conducta tan noble, tan pura, y tan desinteresada, sino de un corazon fervoroso, y zeloso por Dios? Y esta es la tercera parte de mi discurso, en la que pretendo decir grandes cosas en pocas palabras, si todavia



continuais en honrarme con algunos momentos de vuestra atencion.

### TERCERA PARTE.

**A**unque la piedad conviene à toda condicion, y suerte de personas, porque toda condicion camina àcia Dios, y toda persona pertenece à Dios; no obstante, se puede decir, que quando esta se encuentra en el alma de los Soberanos, tiene grandes ventajas. Ella es mas noble, porque tiene la proporcion de hacer à Dios los mayores omenages, y de tributarle un culto mas magnifico: Es mas util, porque teniendo mayor numero de admiradores, estiende mas lejos sus buenos exemplos: Es mas segura, porque la hypocresía no tiene lugar donde no hay ni pena que temer, ni recompensa que esperar: Pero tambien es mas necesaria, porque ellos deben estar en una dependencia mayor de Dios, y estàn mas encargados de la edificacion de los Pueblos.

No esperéis, que os haga aqui una narracion puntual de sus ordinarias devociones, de aquellas horas empleadas en la leccion, y en la oracion, que son los dos, como canales, por los quales derrama Dios su luz en nuestros corazones; de aquella atencion à la palabra de Dios, y à las conversaciones espirituales, que casi todos los dias tenia con los mas santos, y mas sabios hombres de su siglo; de aquellos retiros interiores, que le hacian tener à Dios presente, aun en medio del tropel de sus Cortesanos, y en la opresion de los negocios; de aquellas voluntarias mortificaciones, de las quales se havia formado como una especie de obligaciones indispensables. Yo dejo à vuestra consideracion aquel temor, y aquel horror al pecado, que las eficaces palabras de una virtuosa Reyna havian gravado en su alma desde su niñez: Aquella fé viva, y bienaventurada, que no tuvo necesidad de otro

auxilio, que de sí misma, y que se contentó con creer en Jesu-Christo, quando podia verle en la Eucharistia: Aquellas limosnas, cuya memoria pasa de generacion en generacion, hasta la consumacion de los siglos. No me detengo en todo aquello, que es comun con el resto de los demás Christianos.

Hay tambien una devocion de Principes, (dice San Agustin) diferente de la de los particulares, no en quanto al motivo, y al fin, sino en las miras, y en la execucion, por la qual emplean su poder en gloria de la Religion; y executan acciones de piedad, que solos los Reyes pueden executar: Detener la impiedad, vencer los enemigos de Dios, consagrar grandes riquezas à la caridad, atrincherarse por virtud contra las grandes adversidades: Ved aqui el zelo, ved aqui las virtudes de nuestro Santo.

Apenas empuñó el cetro, quando arruinó la obstinada secta de los Hereges Albigenses, que tantas veces abatidos parecian quererse bolver à levantar, favorecidos de las armas del Conde Raymundo, y que del estremo de una Provincia distante amenazaban querer establecer un error en toda la Francia. Embióles Predicadores: Levantó Exercitos contra ellos, procuró atraherlos como à errantes, y fugitivos: Domóles como rebeldes, propusoles la verdad, y les hizo sentir su poder: Vióse en poco tiempo dispersa la multitud, y à su orgullosa cabeza, conducida unas veces al pie del trono, otras à los pies de los Altares, hacer abjuracion de su heregía, y padecer todo el rigor de la penitencia medio voluntaria, y medio forzada, à vista de la Iglesia, y de sus Ministros.

Despues de haver arruinado la heregía, reprimió por la severidad de sus Edictos la impiedad, el libertinage, y la blasfemia. Hasta entonces la mayor parte de los Principes havian juzgado, que no llevaban la espada, sino para defender sus intereses, ó para vengar sus propias injurias: Dejaban à Dios el cuidado de la magestad de su



nombre, y el castigo de sus ofensas: Contentabanse con tener horror á la impiedad, y no cuidaban de castigarla: Pero à mas se estendió el zelo de San Luis. No solamente sintió en su corazon el ultraje hecho al nombre de su Señor, sino que tambien empleó el hierro, y el fuego para repararle. Condenó à riguroso suplicio, y à perpetuo silencio à todas las lenguas sacrilegas. Solo sobre este asunto se hizo inflexible, é inexorable: Y aquel que perdonó la rebelion al famoso Conde de la Marcha; aquel que bolvió á embiar; pero agasajados á los asesinos, que havian venido à degollarle sobre su trono de parte de aquel formidable Tyrano, que aborrecia todas las reftas coronadas, que se llamaba, y que era el asesino de todos los Principes de la tierra; aquel, digo, tan pronto à conceder gracias, y à moderar sus resentimientos; no consultó sino à su justicia, y se hizo inexorable à las lagrimas, y al arrepentimiento de un blasfemo.

Permitid, Señores, que lloré yo aqui nuestra indiferencia, y nuestra flogedad. Nosotros no tenemos mas de una tintura, y una superficie de Religion; parece que la injuria, que se hace á Dios, no toca à nosotros: Nadie se atrevé à oponerse à la impiedad, por no pasar por un critico, por un hypocrita. El zelo es una virtud, que ya no se estima; burlanse de él, como de una usanza, que solo pertenecia à la grosería de nuestros Padres, y que ya no conviene à la politica de este tiempo. Escandalizanse hasta de los menores defectos de los buenos, porque siempre se halla que oponer à la virtud, y à los malos todo se les perdona, porque no se quiere tomar interes, ni en su conversion, ni en el honor del Dios á quien ofenden. Quantas satyras se hacen todos los dias à nuestra vista contra la Religion; y nosotros, no solo no las tenemos por malas, sino que poco falta para que las tengamos por buenas, y gustosas! Quantas malas interpretaciones se dán à las cosas santas, y à la Escritura, que nosotros condenamos algunas veces, no por-  
-mor que

que ellas sean contrarias á la piedad, sino porque no son bastante agudas, é ingeniosas! Despreciase delante de nosotros el nombre del Señor, y nos quedamos frios, é insensibles. Sacerdotes del Altísimo, Ministros del Dios de Israel, vosotros rasgariais vuestras vestiduras en semejantes ocasiones, ó á lo menos dariais á entender vuestro dolor; y nosotros, Sacerdotes de Jesu Christo, Ministros de su nueva Ley, nosotros las disimulamos con un silencio criminal, y por una indigna timidez.

San Luis nos debe animar por su fervor, y por su zelo. Todo lo que pudo hacer á la Religion mas pura, mas magestuosa, y mas venerable, fue el objeto de sus cuidados, de sus liberalidades, y de su paciencia. Y si no, ¿no desterró de sus estados los espectaculos, y las Comedias, y todas aquellas artes, que ha inventado el Mundo para perder á los hombres con sus diversiones, para mantener su ociosidad, y para inspirarles por medio de la representacion de fingidas pasiones, las pasiones verdaderas? ¿No prótegió aquellas nuevas ordenes, que la providencia Divina havia suscitado para el socorro, y para la edificacion de su Iglesia? ¿No las colmó de sus beneficios? ¿No se valió de ellas, para establecer la fé en los infieles, y la piedad entre sus Pueblos? ¿Con qué cuidado, y á qué expensas no buscó los Instrumentos de la Pasion del Hijo de Dios, enriqueciendo la Francia con los despojos del Calvario, y con los mas preciosos tesoros de la Palestina?

¿En qué parte no dejó gloriosos vestigios de su magnifica, y Real piedad? Havia tambien en sus manos, y aun mucho mas en su corazon, un fondo inagotable de caridad, que bastaba para todo, y que al fin lo conseguia todo. ¿Era necesario edificar Iglesias, y Monasterios para aquellas almas santas, que por sus bendiciones reparan las maldiciones de los impíos, y la indevacion de los pecadores? ¿Convenia edificar retiros para las viudas, los huérfanos, y los ciegos? ¿Era preciso fundar Hospitales para recibir los Peregrinos, y para socorrer á los enfermos?



mos? Pues todas estas necesidades las supo socorrer; y supo aliviar todas las miserias, haciendo él solo lo que muchos Reyes juntos no han podido hacer jamás. En esto fue en lo que empleó todos sus tesoros, y sus rentas. Ni por eso aumentó los impuestos públicos, ni tampoco hizo injusticia, para tener con qué proveer á su caridad; alimentó á los pobres, y á los miserables, pero no los hizo él; sus profusiones nada costaron á su Pueblo, y lo que les dió por sus limosnas, era lo que cercenaba de sus placeres. Apartense de aquí aquellos falsos caritativos, que tomando á manos llenas, y dando de quando en quando alguna parte de lo que han tomado, creen borrar sus pecados con sus pecados mismos, y hacer un sacrificio á Dios de los hurtos, que han hecho á los hombres. Averguenzense aquí aquellos Ricos del Mundo, que con fundaciones, que no tienen mas fondos, que sus rapiñas, quieren engañar á la posteridad, y hacer creer, que una orgullosa avaricia es liberalidad piadosa.

¿Pero por qué pierdo yo á San Luis de vista? Voy á representarle con mucha brevedad en el verdadero estado de su gloria, no en aquellos felices tiempos, en que llevaba por todo el Oriente el honor de la Nacion, y la fortuna de sus armas: No en aquellas dos grandes batallas en que penetrando, como un prodigio de valor, por las filas de tropas infieles, obligó á sus enemigos á desear tener un Amo semejante; si no en la prueba de su mala fortuna, en la constancia, y la sumision á las ordenes de Dios, que mostró en las aflicciones de su derrota, de su prision, y de sus enfermedades. ¿Quién no diría, que el Cielo no havia de favorecer las buenas intenciones de este Príncipe? ¿Que el suceso de esta guerra no sería tan feliz, quanto era justo el designio de ella, y que Dios combatiría por él, como él iba á combatir por Dios? ¿No tuvo motivo para prometerse, que al fin de los negocios se le apareceria la Cruz, como á Constantino: Se levantarían los vientos, como lo hicieron á favor de Theo-

dos; y que tendria los mismos socorros, puesto que defendia la misma causa? Pero Dios, que le preparaba otras coronas, y que pedia de él otras victorias, permitió, que fuese derrotado, y que cayese en poder de aquellos, que tantas veces havia vencido. Sabios del Mundo, que no conoceis otras felicidades, que las que son obras de la fortuna, detened vuestros pensamientos, y vuestros discursos; dejadnos juzgar por la fé de un tan funesto suceso.

¿Y qual fue entonces, Señores, su constancia: La prosperidad no le havia engreído: La adversidad no le abatió: En la derrota de su Armada, en el desfalco de sus fuerzas, en los primeros horrores de su prision, le paga á Dios el tributo de su acostumbrada oracion; sostenido por su gracia, y como rodeado de su proteccion, conserva su dignidad, aun entre las cadenas, y reyna sobre las reliquias, y sobre las ruínas de su fortuna. Los Barbaros, que le miran, están como desarmados á su presencia. Los Almirantes de Egipto, ofendidos todavia de la muerte de su General, entran en su Tienda, y su ferocidad se muda en respeto. ¿Pero, y qual fue tambien la disposicion interior de su alma? Adora la providencia de Dios, por la qual ha combatido, y por la que al presente padece: Tienese por muy feliz en estar humillado bajo la mano poderosa del Señor: Ama su cautiverio, puesto que es él quien, lo dispone: Contentase con no ser libre, pues llega á ser su prisionero; y se puede decir de él: *Que la sabiduria havia bajado con él á su calabozo, y no le abandonó en sus cadenas.* (a)

(a) *Descenditque cum illo in foveam, & in vinculis non dereliquit eum.* Sap. 10. v. 13. & 14.

Tom. 2. *Descenditque cum illo in foveam, & in vinculis non dereliquit eum.* Sap. 10. v. 13. & 14.



Si buelve à subir al trono , no es para descansar en él de sus pasados trabajos , sino para tomar nuevas fuerzas , para levantar nuevos Exercitos , y para pasar al Africa. Quando se le representan tantos Christianos , que gimen bajo la opresion de los Infieles , que padecen sin esperanza , y que no alcanzan á ver remedio á sus males , sino en la caridad de un Libertador , que Dios les suscitaba desde las extremidades de la tierra , le parece , que ya está oyendo desde lo interior de aquellos barbaros climas los gritos de tantos miserables. El impaciente deseo de bolver á Jesu-Christo aquellas almas , que la dureza de los Tyranos intentaba arrancarle , le anima , y le hace salir fuera de sí. Lleva el Estandarte de la Cruz sobre las murallas de Tunez , y ninguna cosa detiene su ardor , sino la voluntad de aquel , que se lo inspira.

Yo me le represento en esta segunda desgracia en medio de su Exercito , tocado de una enfermedad contagiosa , estendido en un País enemigo , y en una tierra estraña. ¡O triste , y funesto espectáculo ! ¿Dónde está aquella grandeza de la Francia ? ¿Dónde está aquella floreciente nobleza ? ¿Dónde está aquel Rey , que mandaba á tantas Legiones ? Reyna , Señores , en el Cielo ; reyna todavia en el corazon de los buenos Franceses , que imitan sus grandes exemplos.

No nos toca á nosotros (confiesolo) formar aquellos nobles , y vastos proyectos , que no convienen sino á la grandeza , y al poder Real ; pero tampoco podemos dispensarnos de imitar sus virtudes christianas. ¿Unos pecadores , como nosotros , havian de reusar el hacer penitencia , como la hizo un hombre justo ? ¿Havian de tener verguenza unos Vasallos de abatirse hasta donde un Rey se ha humillado ? ¿Havian de sentir dificultad los Christianos de aprender de un Principe Christiano el zelo , que deben tener por la Religion , y por la fé de Jesu-Christo ? Si el siguió las leyes de una modestia Evangelica , ¿por qué no re-

for-

formaremos nosotros nuestro luxo ? Si él ha fundado Hospitales , ¿por qué no alimentaremos nosotros algunos pobres ? Si llevó sobre su cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo , ¿por qué no sufriremos nosotros los trabajos , con que Dios nos aflige ? Conformemonos , y hagamosnos semejantes á este Santo Rey , para que practicando las mismas virtudes , lleguemos á la misma inmortalidad bienaventurada que yo os desco : En el nombre del Padre , y del Hijo , y del Espiritu Santo. Amen.



D 2

PA-